

LA BIOÉTICA Y SUS IMPLICACIONES: SER Y CIENCIA

Miguela Domingo Centeno
Universidad Internacional de La Rioja

RESUMEN

¿Se encuentra la Bioética entre los límites de lo posible y lo aceptable? ¿Es la tolerancia, piedra angular para las Generaciones futuras? ¿Cuál es el porvenir de los Derechos Humanos?. En el campo de la moralidad el ser humano posee plena capacidad de autodeterminarse, y ese principio debe regir en toda su amplitud en el plano de las intenciones. Pero en el momento en que una acción humana sale del ámbito de la conciencia para afectar a derechos de otros (la génesis del otro), ya no se encuentra en el plano de la moral personal.

Durante las últimas décadas la “moral autónoma” se ha cerrado a todo lo trascendente con la pretensión de conseguir un hombre nuevo y unos valores nuevos. Esta actitud elude lo más profundo que existe en el hombre. La psicología, la medicina o la sociología se han orientado por el pensamiento científico-natural que trata de reducir al hombre a elementos simples... El bien es, para la mayoría, lo que funciona, lo útil, placentero, ... todo lo demás está desprovisto de valores, de significado, de realidad.

La capacidad cada vez mayor de detectar las enfermedades y las anomalías genéticas, con las nuevas técnicas reproductivas y de manipulación del Código genético humano, constituyen los elementos que forman la matriz operativa del siglo de la biotecnología y establecen el fundamento tecnológico de una civilización eugenésica.

Por primera vez en la historia podemos remodelar los planos genéticos de nuestra propia especie y darle una nueva dirección al curso futuro de nuestra evolución biológica en la Tierra. La perspectiva de que se cree un nuevo ser humano eugenésico ya no es meramente el sueño de demagogos alucinados, sino una opción que tendrán a su disposición los consumidores, un mercado comercial que podrá y será muy lucrativo.

La palabra «eugenesia» fue acuñada por Sir Francis Galton, primo de Charles Darwin, en el siglo XIX; este concepto tiene dos sentidos, que han dado lugar a dos líneas de investigación:

- La eugenesia negativa: Consiste en la eliminación sistemática de los caracteres biológicos considerados indeseables.
- La eugenesia positiva: Mejorar las características de un organismo específico.

Pero donde de verdad aparece la eugenesia fue a principios del siglo XX en Estados Unidos; se acuñan los conocimientos [necesarios] para mejorar la raza. Pero hacía falta educar al público para que la política eugenésica ganase aceptación.

A muchas feministas de hoy les decepcionará saber que Margaret Sanger, figura destacada de la lucha por los programas del control de natalidad, era una verdadera creyente en la superioridad e

inferioridad biológica de unos grupos u otros.

Con unas de las palabras más fuertes salidas del movimiento eugenésico, señalaba que es un hecho curioso, pero al que no se ha dado la importancia que tiene, que se haya permitido reproducirse y perpetuar su grupo a esos mismísimos tipos que con toda amabilidad deberían ser eliminados de la reserva humana. También se contribuye la política de caridad indiscriminada de unos corazones calientes a los que no controla una cabeza fría.

Sanger tenía sus propias ideas acerca de cómo librar a la sociedad del problema de la contaminación biológica humana y promover una raza mejor.

Aseguraba que sólo hay una forma de contestar a quien demande una tasa de natalidad mayor de los inteligentes, y es pedirle al gobierno que os quite primero de las espaldas el fardo de los dementes y los débiles mentales, ... La esterilización es la solución.

Los eugenistas veían la esterilización como una herramienta principal en su esfuerzo por cribar en la población estadounidense a los biológicamente inferiores. Sus incesantes campañas ante los representantes públicos triunfaron. Decenas de miles de ciudadanos estadounidenses fueron esterilizados involuntariamente conforme a las leyes promulgadas por diferentes Estados a principios de siglo.

Indiana aprobó en 1907 la primera ley de esterilización. Establecía la esterilización forzosa de los criminales convictos, los idiotas, los imbéciles y otras personas internadas en instituciones estatales cuando lo aprobase un comité de expertos.

La parte más sorprendente de ese texto era el hallazgo de que el 10 por 100 de la población de Estados Unidos estaba formada por “variedades biológicas socialmente inadecuadas” que deberían segregarse de la población federal y ser esterilizadas.

La constitucionalidad de estas leyes de esterilización fue puesta a prueba y confirmada en 1927 cuando el Tribunal Supremo de Estados Unidos sentenció, en un caso de Virginia, que la esterilización era una potestad del Estado.

El apreciado jurista Oliver Wendell Holmes expuso en varias de sus Conferencias: Hemos visto más de una vez que el bienestar público puede reclamar a los mejores ciudadanos sus vidas. Sería extraño que no pudiese reclamar a quienes están ya chupándole al Estado su savia estos sacrificios menores, a menudo sentidos como tales por los afectados, para evitar que la incompetencia nos ahogue. Es mejor para todo el mundo que la sociedad pueda impedir que quienes manifiestamente no son aptos propaguen su especie, en vez de quedarse mirando su imbecilidad; tres generaciones de imbéciles son bastantes. En 1931 treinta Estados habían aprobado leyes de esterilización y a decenas de miles de estadounidenses los habían “adecuado” quirúrgicamente.

La importación de la mejor sangre fue el mayor triunfo de los eugenistas; llegó tras la primera guerra mundial con el éxito de su campaña a favor de que se promulgase una ley de inmigración basada en patrones eugenésicos. La ley, que se aprobó en 1924, y siguió en los libros hasta 1965, tuvo el efecto de alterar toda la composición étnica y racial de Estados Unidos conforme a las pautas establecidas por los partidarios de la eugenesia.

Los eugenistas vieron pronto el valor de organizar una campaña ambiciosa en favor de que se restringiese la inmigración según pautas “biológicas”. Irving Fisher, de Yale, le escribió a Charles Davenport en 1912, una nota donde comentaba que la eugenesia no llegará nunca a nada práctico hasta que no empiece a ser, como Galton quería, un movimiento popular con cierto fervor religioso y como ya hay un sentimiento a favor de que se restrinja la inmigración, es una oportunidad de oro para

conseguir que la gente en general vaya hablando y tomando partido por la eugenesia.

La oportunidad de lanzar con todo lujo de medios una campaña pública a favor de una inmigración restringida llegó tras la primera guerra mundial. El nuevo talante nacionalista y aislacionista, la renovada lucha obrera, el miedo a que el marxismo se hiciera con el país siguiendo la estela de la revolución rusa, las muchedumbres de inmigrantes que inundaban EEUU, ... crearon una atmósfera propicia para la legislación eugenésica.

De la noche a la mañana los eugenistas se pusieron a sacar nuevos estudios e informes que mostraban la inferioridad racial de ciertos grupos de inmigrantes.

El sociólogo progresista Edward A. Ross, tras dieciséis meses de estudio, publicó un informe en el que sostenía, entre otras cosas, que los pueblos del Mediterráneo eran proclives al sexo y a la violencia, e irracionales por naturaleza; los eslavos, un pueblo pasivo de ignorancia y superstición, cuyos hombres golpeaban a sus esposas y eran alcohólicos; y los judíos formaban clanes, eran marrulleros y engañaban en los negocios.

Otro eugenista, Madison Grant, añadió a la lista a los hindúes, “que han estado a lo largo de las eras en contacto con las civilizaciones más elevadas, pero han sido incapaces de beneficiarse de ello ni física, ni intelectual, ni moralmente”; y a los negros, “que sólo piden obedecer y ejecutar los ideales y deseos de una raza de amos”. (Se halló, por su parte, que los nórdicos eran una raza de “gran energía e industria, vigorosa, imaginativa y muy inteligente”).

El crack del mercado bursátil (septiembre negro) de 1929 tuvo un profundo impacto en la filosofía eugenésica. Con la élite financiera de Estados Unidos tirándose por la ventana y los profesionales y los profesores de clase media compartiendo las colas del paro con los inmigrantes italianos, polacos y judíos, ya no era posible mantener el mito de que había algo biológicamente superior en ciertos tipos de personas.

La depresión fue un gran igualador: millones de estadounidenses -nórdicos e italianos, blancos, anglosajones y protestantes o judíos- se encontraron en las mismas circunstancias de pobreza y carencia de todo.

La diferencia biológica dio paso al sentimiento compartido por quienes se veían forzados a estar en las colas de beneficencia de la depresión de que no había sino una sola situación para todos.

La subida de Hitler al poder en Europa fue otro factor de peso en retomar la importancia del movimiento eugenésico estadounidense. Mientras los eugenistas alemanes estaban ocupados leyendo los informes sobre las leyes de esterilización estadounidenses, se publicaba en Alemania la primera edición impresa de *Mein Kampf*.

En ella Hitler proclamaba: “La mezcla de las razas superiores e inferiores va claramente contra las intenciones de la naturaleza y supone la extinción de la raza superior aria. Donde la sangre aria se ha mezclado con la de pueblos inferiores el resultado ha sido el fin de los portadores de la cultura”.

El Tercer Reich de Hitler llegó al poder en 1933. Casi inmediatamente, el ministro de información, Wilhelm Frick, anunciaba al mundo que “el destino de la higiene racial del Tercer Reich y el pueblo alemán están indisolublemente unidos”.

El 14 de julio de 1933 el Führer decretó la ley de la salud hereditaria, un estatuto de esterilización eugenésica y el primer paso de un programa eugenésico que se llevaría las vidas de millones de personas en los doce años siguientes.

Ante la campaña eugenésica puesta en marcha por Hitler, los eugenistas estadounidenses observaron que Alemania “se encamina a una política coincidente con las mejores ideas de los eugenistas de todos los países civilizados” (tiene su interés que a lo largo de los años treinta la Sociedad Genética de Norteamérica debatiese una y otra vez en sus reuniones anuales si había que condenar formalmente la política eugenésica del Tercer Reich. Nunca hubo votos suficientes para esa condena).

Tras la segunda guerra mundial, muchos oponentes de la eugenesia pedían que el movimiento eugenésico yaciese enterrado junto a las fosas comunes que arañaban el paisaje europeo. Sus esperanzas fueron breves. Se empezó a oír en los años setenta noticias dispersas de los grandes científicos que se producían en el nuevo campo de la biología molecular.

A algunos científicos les inquietó por entonces que la ingeniería genética hiciera que volviese un movimiento eugenésico del tipo que había seducido a Estados Unidos y a Europa en la primera mitad del siglo.

En un foro sobre el ADN recombinante convocado por la Academia Nacional de Ciencias en 1977, Ethan Singer, biólogo del Instituto de Tecnología de Massachusetts, hizo esta advertencia a sus colegas: Estas investigaciones nos acercarán un paso más a la aplicación de la ingeniería genética a las personas; ahí es cuando les da por pensar en cómo hacer que nos pongamos a producir niños con características ideales. La última vez, los niños ideales eran rubios y tenían ojos azules y genes arios.

A principios de los años noventa hubo un torrente de nuevos descubrimientos y aplicaciones anonadantes. La mayoría vio que no estaba preparada para evaluar todas las consecuencias sociales de ese sinfín de avances genéticos que parecían poner en entredicho tantas costumbres y convenciones bien establecidas.

Hoy, los científicos están desarrollando el más poderoso conjunto de herramientas para la manipulación del mundo biológico que jamás se haya concebido.

El recién adquirido poder sobre la fuerza vital del planeta despierta, de nuevo, el fantasma de otro movimiento eugenésico. Esta es la turbadora realidad que muy pocos responsables políticos, y menos biólogos, están dispuestos a reconocer.

Los nuevos instrumentos de la ingeniería genética son, por definición, instrumentos eugenésicos. En cuanto se emplean el ADN recombinante, la fusión celular y otras técnicas por el estilo para “mejorar” los planos genéticos de un microbio, planta, animal o ser humano, se incorpora una consideración eugenésica al proceso mismo. Los biólogos moleculares toman en los laboratorios del mundo entero decisiones cada día acerca de qué genes se alteran, insertan y suprimen en el Código hereditario de distintas especies.

Son decisiones eugenésicas. Cada vez que se hace un cambio genético de ese tipo, el científico, empresa o Estado deciden, implícitamente si no explícitamente, cuáles son los genes buenos que deben insertarse y conservarse y cuáles los malos que hay que alterar o suprimir. En nada más que en esto consiste, precisamente, la eugenesia. La ingeniería genética es una tecnología cuya finalidad es mejorar la herencia genética de los seres vivos mediante la manipulación de su código genético.

A algunos puede ofenderles la insinuación de que la nueva ingeniería genética reintroduce en nuestras vidas la eugenesia. Prefieren que ésta se compare a la experiencia nazi de hace más de cincuenta años. El nuevo movimiento eugenésico se parece poco al reino del terror que culminó en el Holocausto. En lugar de las destempladas voces eugenésicas que clamaban ¡por la pureza racial!, la nueva eugenesia comercial habla de manera pragmática de eficacias económicas incrementadas, mejores rendimientos, avances de la calidad de vida. La vieja eugenesia estaba impregnada de

ideología política.

Quienes propugnan la ingeniería genética de los seres humanos argumentan que sería cruel e irresponsable no valerse de esta nueva tecnología tan poderosa para eliminar las “anomalías genéticas” graves.

El problema que plantea este argumento, se dice en *The New York Time*¹, en un editorial titulado: “¿Deben hacerse seres humanos perfectos?”, es que “no se ve por dónde se trazaría la línea entre la reparación de los defectos genéticos hereditarios y la mejora de la especie”. *The Time* señala correctamente que una vez puedan los científicos reparar los defectos genéticos, “será mucho más difícil argüir en contra de que se haga lo mismo con otros genes que confieran cualidades deseadas: como ser más sano, más guapo o más listo” (por ejemplo, encuestas recientes han revelado que el apoyo a los abortos no terapéuticos practicados por “preferencias valorativas” ha aumentado. Uno de esos estudios informaba de que el 15 por 100 de las parejas abortaría un feto con predisposición a la obesidad).

Es probable que la adopción de la terapia de la línea germinal en los próximos años haga, en cuanto haya un número mayor de padres que opten por “corregir” los defectos estéticos en los óvulos, el espermatozoides o el embrión para que nazca el mejor niño que la ciencia médica pueda producir, que la atención no se ponga tanto en el abono como en la mejora.

Ya nos podemos hacer cierta idea de hasta dónde pueden querer llegar los padres para que sus hijos sean mejores genéticamente: la introducción de la hormona humana del crecimiento ha transformado la idea, y de una preocupación intelectual abstracta ha pasado a ser un tema de política pública que se debate con calor.

La hormona del crecimiento sometida a ingeniería genética había dejado muy atrás sus expectativas de mercado originales y se ha convertido en uno de los productos farmacéuticos más vendidos del país. Se comparten ahora unas ventas de casi 1.500 millones de dólares, que hacen de la hormona humana del crecimiento uno de los mayores éxitos comerciales de la historia de la industria farmacéutica.

Como en Estados Unidos hay muy pocos niños que padezcan enanismo, está claro que los médicos de todo el país han estado recetando la hormona a niños normales que, aunque sean más bajos que sus compañeros no sufren de un déficit de la hormona del crecimiento. Muchos jóvenes la han encontrado muy útil para desarrollar y mantener una musculatura, y la compran ilegalmente en el mercado negro.

Conscientes de que a los altos suele irles mejor en la vida -ganan salarios mayores, atraen parejas más deseables y disfrutan de otras ventajas similares-, muchos padres prefieren que sus hijos midan unos centímetros más, y están dispuestos a pagar precios exorbitantes por las inyecciones semanales con tal de darles un empujón en la carrera.

La sociedad mira “mal” a los bajos y castiga a la víctima del prejuicio por no dar la talla que las normas de la mayoría imponen.

Pero el lenguaje de la biología molecular nos da el sutil escalofrío de que haya el peligro de la creación de un nuevo e inalcanzable arquetipo, un ser perfecto, inmaculado, sin error, para que aspiremos a él, un hombre y una mujer nuevos, como nosotros pero sin la vulnerabilidad y la fragilidad que han definido nuestra esencia desde el origen de nuestra existencia.

¹ De fecha 12 de octubre de 2010

No maravilla que la nueva biología haya suscitado la preocupación entre los discapacitados. Se preguntan si no se les verá en el siglo de la biotecnología como un error de código que debe ser eliminado, como vidas cuya existencia no debió permitirse.

Entonces, otra vez, ¿hasta qué punto seremos tolerantes los demás cuando algunos de los que nos rodean nos parezcan defectuosos, errores en el código?

La pregunta, pues, es si la humanidad debe someter a las generaciones futuras a una ingeniería basada en diseños tecnológicos de laboratorio. ¿Qué consecuencias podría tener que nos apuntásemos a una carrera cuya meta final fuese la “perfección” de la especie humana?

No obstante el día 2 de octubre de 2000 la Convención, integrada por representantes de los Parlamentos nacionales, del Parlamento Europeo, de la Comisión Europea y representantes personales de los jefes de Estado y de Gobierno de los quince Estados miembros, concluyó con un amplio consenso, el Proyecto de Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea que fue remitido al Consejo Europeo para su aprobación en la reunión de Biarritz del 13 y 14 de octubre².

Una vez aprobado por el Consejo Europeo, fue aprobado por la Comisión y por el Parlamento Europeo, y solemnemente proclamado en el Consejo Europeo de Niza el día 7 de diciembre de 2000.

El proyecto de Carta consta de 54 artículos desde la protección de la salud a la protección del medio, agrupados en 7 capítulos, el primero dedicado a la dignidad de la persona; el segundo a las libertades; el tercero a la igualdad; el cuarto a la solidaridad; el quinto a la Ciudadanía Europea; el sexto a la Justicia y el séptimo a las disposiciones generales relativas a la aplicación de la Carta.

Como en todas las transacciones, la elaboración de la Carta ha supuesto muchas renunciaciones y ha exigido grandes dosis de prudencia y realismo, sin que pueda decirse que se trate de una Carta de mínimos. Desde luego, el capítulo de derechos sociales y económicos ha sido el que ha creado más y mayores dificultades, por las divergencias existentes respecto de su inclusión en la Carta y con qué alcance, dado el carácter de derechos "programáticos", no directamente justiciables, que tienen algunos de estos derechos y dada también la diferencia de modelos de relaciones laborales y de políticas sociales.

Existía el temor a la rigidez de la "constitucionalización" de estos derechos a nivel comunitario. Es posible que a muchos esta Carta de Derechos en un texto con vocación normativa vinculante, les parezca insuficiente, pero es la mejor de las posibles.

El Derecho constituye su pilar básico. La proclamación de la Carta por el Consejo de la Unión Europea tiene la creencia de ciertos valores y principios universales, como la libertad, la igualdad, ... y un reforzamiento de la política exterior común. La Carta es el camino hacia una completa unión política, el desafío, con un elevado grado de conciencia de los ciudadanos.

Como ética de la vida, el progreso se nos propone ambiguo. Nuestras reflexiones giran en torno a tres supuestos: a) ¿Quién domina a quién?, b) ¿Quién gana sobre quién?, c) El hombre (tal como le conocemos, ¿debe ser preservado?).

En nuestra ética es únicamente el sentimiento el que tiene el papel de determinar la “bondad” de las acciones humanas. Pero ¿qué es la persona?. Ser persona equivale a ser digno. La esencia misma del hombre y su supervivencia anula la cosificación.

Actualmente, el hombre empieza a ser visto bajo categorías tecnocientíficas, siendo así

² Véase de García Jiménez, M^a E. : El CEDH- *Convenio Europeo de Derechos Humanos en el umbral del siglo XXI*, Tirant lo Blanch, Universitat de Valencia, 2000, págs. 23-52, 106-133.

reducido al status de cosa.

Es importante reflexionar sobre la noción de persona: a) Ontológicamente: ¿qué es la persona?, b) Éticamente: ¿cuál es su valor?. ¿La persona es siempre un ser autoconsciente?. No, es res cogitans cartesiana y cuerpo-res extensa.

El respeto de la persona debe reducirse al respeto de su autonomía moral (¿y los no nacidos, los enfermos mentales, los que están en coma?, ...)

Todo individuo debe ser respetado; todo límite es tiránico frente a los Derechos Humanos. Hay que respetar la diferencia. ¿Existe un deber de preservar la humanidad?

Tenemos en nuestras manos el futuro de la humanidad. ¿Tenemos el derecho de modificarlo o de aniquilar nuestra propia especie? ¿Estamos -obligados- a preservar la humanidad y lo humano? ...

“Primero se llevaron a los negros
pero a mí no me importó,
porque yo no lo era.
Enseguida se llevaron a los judíos,
pero a mí no me importó,
porque yo no lo era.
Después detuvieron a los curas,
pero como yo no soy religioso,
Tampoco me importó.
Luego apresaron a unos comunistas,
pero como yo no soy comunista,
tampoco me importó.
Ahora me llevan a mí,
pero ya es tarde”.

Bertold Brecht

El ser humano participa (o debe participar) de la existencia de la colectividad y en el futuro. El desarraigo conduce a la violencia, a la agresividad. La comprensión de la desdicha del otro, del radicalmente otro, supone comprensión vivida de la propia desdicha (experiencia de la esclavitud), renuncia al privilegio y atención al prójimo que culturalmente consideramos lejano.

Ser, Pensar, y Decir, despliegue que el ser necesita y debe mantener, guardando inexorablemente los límites de su propio fluir. Su propio Ser es su ser diferenciado. Su Ser es su hablar, pero no de ninguna verdad. El ser debe darse como: a) Voz única silenciosa, neutra y por todas partes resonante de Ser, b) Representación de intensidad y cualidad.

¡Ya no hay Diosas de carros centelleantes!, el todo mundano atenta contra el pensamiento claro y distinto. Estamos en el silencio, en la in-diferencia. La proximidad aproximante (*die Nahheit*) aproxima el porvenir, el haber-sido y el presente sólo en la medida en que libera un “algo lejano”, dimensión de la temporalidad, de lo que ya pasó, sin vuelta, y del porvenir.

Lo que nos es familiar es al mismo tiempo extraño, lejano e inquietante. Es al mismo tiempo la representación de la muerte di-ferente. Es la continuidad de la tensión, es lo que nos sirve de apoyo.

Lo que nos da que pensar es que todavía no pensamos (*Was heisst Denken?*). Nuestra vida pensante son singularidades de combate, de constancia enigmática, de lo súbito y disperso.

Nuestra palabra es especialmente impotente en esta tarea. Lo inexpresable se nos muestra a

nosotros mismos simplemente como lo que hay...

*“Pues así todas las cosas en nuestros días, va de suyo que la dignidad de la Filosofía, de la Ética y la Moral están por los suelos. Parece como si se hubieran convertido en algo ridículo o indiferente, de suerte que todos sus verdaderos amigos tuvieran que sentirse en la obligación de testimoniar contra semejante malentendido, haciendo ver, ellos mismos, mediante la acción, que el amor a la verdad y la sabiduría es algo fructífero y poderoso”*³

La Bioética es en estos momentos un saber institucionalizado mediante un complejo registro multidisciplinario. El aumento cuanti-cualitativo del flujo informativo científico y de las prácticas técnicas determina una rápida adecuación entre conceptos y realidades. Se ha abierto un campo de trabajo polémico entre reglamentos, protocolos, normas de bioseguridad y la deontología profesional.

Pero defendamos la Bioética como un saber en sí mismo filosófico. Una ética que debe polemizar enunciando límites, orientando acciones, legitimando capacidades decisivas, relacionando derechos, deberes, órdenes, libertades y circunstancias vitales, asumiendo que cada persona es una individualidad única, irrepetible y frágil, renunciando a la disputa que proviene del dualismo existente entre equilibrio y desmesura, entre el “bien” y el mal, entre esa hermeneútica pura que es el territorio médico y el carácter pedagógico del “saber” en cuanto a operatividad lógica, regla formal de pensamiento y construcción de acciones eficaces.

No debe el ser humano intentar “saberes mágicos”, porque las causas y efectos no deben ser exteriores a nosotros mismos, no debiendo trascender nuestros propios límites.

³ Nietzsche (2000): *Schopenhauer como Educador*. Edición de Jacobo Muñoz, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 122.